

para pedir una copia de los planos de las tierras que acaba de heredar.

En cierto modo, fue este desconocimiento del mundo de los archivos y sus extraordinarias posibilidades por parte del común de los mortales lo que me llevó a intentar reconstruir el camino seguido por Miguel de Cervantes, o mejor dicho, el de su personaje, don Quijote, que tuvo que hacer tres salidas por los caminos de La Mancha para cumplir su sueño.

Yo tuve que hacer alguna más, y mi periplo me llevó a recorrer las principales instituciones de archivo de Castilla-La Mancha y España. Viajé a Granada para descubrir a los hidalgos manchegos; a Madrid para saber de sus cuitas; a Cuenca para ver cómo la Inquisición los castigó en sus insolencias, y a Toledo para volver al origen de la novela, de donde nunca debimos irnos.

Volver al origen, esa es la palabra, esa es la clave. Borrar todo lo que hemos aprendido. Trasladémonos al siglo XVI al momento en que un viejo poeta y dramaturgo, pobre, fracasado y desconocido concibió el *Quijote* sin saber la trascendencia que tendría después. Las respuestas estarán ahí, en el mismo lugar donde reside el verdadero origen de la novela, escondidas entre los vetustos documentos de archivo.

Pongámonos en la piel de un escritor del Siglo de Oro; imaginémonos lo que pudo oler, probar, tocar y vivir Cervantes. Leamos lo que él leyó, miremos por la ventana que él abría

todas las mañanas. Dicen que lo inventó todo, y puede ser verdad, pero ¿qué nos hace pensar que no escribió también sobre lo que pasó por su lado? Esa parte castiza de su narrativa resulta mucho más fascinante.

A la luz de los documentos puede que descubramos que el *Quijote* es algo más que una parodia de los libros de caballerías. O que el realismo de Cervantes empieza desde la primera página de la novela. Incluso que la obra se gestó en el antiguo reino de Toledo, y no donde tradicionalmente se nos ha contado.

De hecho, cuesta creer que el escritor más importante de nuestras letras fuera el genio desmemoriado, improvisado y contradictorio que dibujan muchos. Tiene más sentido pensar que tuvo uno o varios amigos e informantes que le transmitieron las leyendas, cuentos e historias. O que la mayor parte de los nombres de los personajes que rodean al loco hidalgo son históricos. Incluso que algunas aventuras de la novela están basadas en sucesos reales. Y que unas pocas, no todas, podrán algún día verificarse documentalmente.

Fragmento del prólogo del libro, del autor